

Historia secreta de la conquista de América

GABRIEL SÁNCHEZ SORONDO



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Historia secreta de la conquista de América*

Autor: © Gabriel Sánchez Sorondo

Copyright de la presente edición: © 2020 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los vinateros, 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: Retrato de Moctezuma II y Hernán Cortés

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-1305-152-9

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-1305-153-6

ISBN edición digital: 978-84-1305-154-3

Fecha de edición: abril 2020

Impreso en España

Imprime: Calprint Digital

Depósito legal: M-7802-2020

A Delfina, mi mujer, por ayudarme tanto en este libro.

A Fernando, mi padre, por haberme transmitido
el oficio de la escritura.

A Carmen, mi madre, por contagiarme la música,
que habita en la palabra escrita.

A Rai, mi hijo; porque sí.

Índice

Introducción	13
Capítulo 1. Los conquistadores	17
Homicidas y desesperados	21
La mujer conquistadora y la mujer conquistada	27
Las pestes y sus efectos de destrucción masiva	32
Armas y poderes de los dioses blancos	34
Las empresas de conquista	40
Capítulo 2. El jugador Cortés	47
Mundo nuevo, vida nueva	51
Quemar las naves y amar a Malinche	57
Moctezuma y el extremeño	62
¿Quién desata el desastre?	69
Muerte de Moctezum	74
La Noche Triste y la viruela	79
La recuperación	83

Capítulo 3. Pizarro entre el oro	89
La conquista del Perú: del corral al Imperio	92
Atahualpa y Pizarro	96
El secuestro de un monarca	100
¡A las armas...!	102
Atahualpa preso	105
Muerte del marqués gobernador	108
Capítulo 4. El puño de Dios	115
El lento emerger de la demencia	118
La primera furia revolucionaria de América	123
La muerte de la locura	129
Capítulo 5. Pedrarias, el duro	133
El restaurador sin ley	137
Amores perros	139
¿Un linaje infrecuente?	144
Capítulo 6. Mendoza: en carne propia	149
La indómita cuenca del Plata y sus posibles milagros	151
El implacable rostro del hambre	154
La carne es débil	157
La relación con los carios	164
Sífilis a bordo: polémica y final de un conquistador enfermo desde Europa	167
Capítulo 7. Cabeza de Vaca, espíritu de León	173
De Narváez: el gobernador efímero	174
Las señales de un comienzo accidentado	178
Los chamanes blancos	182
Peatones del Apocalipsis	187
Paraguay o el paraíso mahometano	191
El regreso del destierro	194
Capítulo 8. Orellana y las amazonas	199
El país de la canela y el motín	202
El río más caudaloso del mundo	208

Amazonas: el terror es mujer	211
Epílogo de un valiente aventurero sin suerte	217
Capítulo 9. El mundo indígena	221
Necrofilia, sodomía y canibalismo	223
Lectoescritura amerindia	227
La mandioca: una respuesta posible al misterio de la nutrición	231
El misterio de la pirámide que trina	234
En el nombre de América	236
Conclusiones	241
Bibliografía	245

Introducción

Para comprender en qué primer escenario mental del individuo europeo se da la voluptuosa u hostil América, hay que ponerse en la piel de un tipo de hombre específico: el conquistador español. Dicha figura tiende progresivamente a recibir un tratamiento más profundo desde distintos ángulos y propuestas. Mucha y excelente literatura le dedica sus páginas, además, claro está, de la historiografía profesionalizada.

En cuanto a figuras puntuales, Colón, Álvaro Núñez, Magallanes, Pizarro, son objeto de biografías y ficciones históricas de distinto color. Del mismo modo, la ciencia encuentra y la literatura recoge tramos de este capítulo de la humanidad para llevarlos al cine, al teatro, al arte en sus múltiples soportes y lenguajes.

Las condiciones comprobadas del viaje a través del océano Atlántico en barcos que iban superpoblados a poblar lo desconocido, privaciones y necesidades, documentación secreta o archivada en el olvido, son elementos que hoy cobran vida y se

suman al panóptico de la observación a partir de enfoques interdisciplinarios.

En conjunto, la relación cultural simbiótica del conquistador con el nativo suma, a la luz de recientes repasos, un material apasionante y revelador.

Estudios recientes ponen en relieve temas que tienden a cobrar mayor importancia a la asignada hasta no hace mucho por la historia tradicional. ¿Qué alcance real, tuvieron —por ejemplo— la viruela y el sarampión en las campañas de Cortés y Pizarro? ¿Las pestes definieron la historia de la conquista?

Cuestiones de alto voltaje se suman a la polémica desde otro enfoque: ¿cómo incidió la cuestión del canibalismo? ¿La ingesta de humanos (de compatriotas occidentales) perjudicó o favoreció la imagen del conquistador español ante el indio?

El tema de la alimentación, dicho sea de paso, no es menor: ¿cómo lograron mayas y aztecas proveerse de alimentos para abastecer una densidad de población que superaba ampliamente sus recursos agrícolas?

Literatura y ensayística, por igual, marcan el camino de la interrogación. La ventaja en este caso: un archivo riquísimo, de primerísima mano, en la palabra escrita de testigos presenciales. A partir de cronistas como Antonio Pigafetta (vívido relator de la primera vuelta al mundo, iniciada por Magallanes y culminada por Elcano), Álvaro Núñez (México y sur de los actuales Estados Unidos), Ulrico Schmidl (Río de la Plata), Pedro Cieza de León (Perú), Bernal Díaz del Castillo (México, Panamá) y el propio Hernán Cortés, en sus cartas de la Conquista de México, el repaso, la reconstrucción y la investigación se hacen fascinantes.

La variedad y cantidad de cronistas resultó clave en la elaboración de estas páginas y por la misma razón no podemos omitir aún más nombres de los muchos que aportaron a este volumen.

Entonces también debemos hablar del mismísimo Cristóbal Colón, su hijo Hernando, y de Américo Vespucio. Esa portentosa galería de narradores incluye ejemplos distintos y curiosos. Como el del Inca Garcilaso, quien sin haber sido en rigor un

protagonista de la conquista, está cronológicamente cerca de los hechos y resulta en sí mismo un verdadero fruto de la unión entre dos mundos (más precisamente, el del inca y el español). Encontramos también paradojas de la creatividad, como en Francisco López de Gómara (capellán y biógrafo de Cortés) destacado por su puntillosa narración y recopilación documental de la conquista española de México, pese a no cruzar jamás el Atlántico.

Qué decir, finalmente, del inefable Bartolomé de las Casas y su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Aquella obra polémica y descarnada por cuyas páginas se dio origen a la Junta de Valladolid, y paralelamente a la llamada Leyenda negra que se divulgaría por toda Europa como propaganda antiespañola.

Sobran las fuentes. Allí están, aunque a veces parcialmente ocultas, las incontables capas que se superpusieron entre descubrimiento y conquista. Misterios y traiciones. Sacrificios y renunciaciones. Desatinos y aciertos. Héroe anónimo y cobardes popularizados. Hombres, espacios, desastres naturales, plagas, milagrosas coincidencias... mucho más de lo que se nos muestra en el relato oficial ha incidido en la historia. Solo hace falta relacionar, rehilvanar; lanzarse a la aventura mental que nuestros antepasados alguna vez acometieron con cuerpo y alma.

Cabe, finalmente, una aclaración fundamental. Este libro no supone un conjunto de biografías, ni de las campañas que emprendieron los conquistadores cuyos nombres titulan los respectivos capítulos. Lo que procuramos al abordar la conquista oculta es tomar fracciones, recortes de vida, de expediciones, de momentos que, dada su intensidad, consideramos descriptivos de la gran odisea conquistadora. No se busque pues, una estricta linealidad cronológica ni el detalle específico de los hechos que puede encontrar el lector, en cambio, en gran parte de la bibliografía aportada como referencia.

Repasar, repreguntar y reformular la incógnita, el misterio, la duda, incentivando nuevas búsquedas: esos fueron nuestros objetivos en la preparación de estas páginas: un encuentro, una cita convocada por la fascinación compartida.

Capítulo I

Los conquistadores

Las Indias son refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores.

Miguel de Cervantes

Acaso el Manco de Lepanto abrigase —tal como señalan algunos críticos— cierto resentimiento al escribir sobre las Indias. A ellas aspiró, infructuosamente, mientras quiso ser designado funcionario colonial, sin obtener nunca el visto bueno de la corona.

Concedámosle parcialmente que quizás Las Indias fueron en efecto, un refugio, pero no solo eso. También otorgaron horizonte a miles de hombres que buscaban un destino con mayúsculas.

En los siglos XVI y XVII, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, una nueva categoría irrumpe y redefine a lo humano. Pues al mismo tiempo que Occidente toma conocimiento del hombre nativo de América, emerge con caracterología propia otro hombre: el descubridor europeo; el conquistador.

La figura del conquistador presenta contraluces muy particulares. En cuanto a que adelantado no es un mero invasor, ni un corsario, ni un colono, aunque lo apañe la Corona. Es, sí, un



Allegoría de Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,
por Teodoro Bry, 1594

guerrero, pero además de conquistar debe convertir: operar en el alma del salvaje, evangelizar. Así, la mística hispánica, comprometida con la fe cristiana, genera una complejidad operativa más allá del oro, del estandarte o del exclusivo beneficio personal.

En cuanto a los intereses más íntimos del conquistador llano, este viene de una Europa signada por la sociedad estamental. En ella, las posibilidades de los individuos para modificar la situación social en la cual habían nacido eran, en tierra natal, mínimas. La búsqueda de ascenso existía en versiones diferentes: un hidalgo acomodado, un clérigo o un simple exconvicto capaz de empuñar la espada, podían estar buscando, en definitiva, algo parecido: los hermanos un deseo y un riesgo.



Mapa ilustrativo en el que puede apreciarse la localización exacta de los virreinos y las capitánías. Este modo de organización territorial y política no solo permitía la administración comercial de la región, sino que también contribuía a la mejor defensa de esta.



De este modo representó Teodoro Bry a la práctica del canibalismo. A los españoles este tipo de conducta no solo les resultaba curiosa, sino que también les infundía miedo.

Asimismo, consta el escalofriante episodio de Aguirre, que se adjudica el papel de verdugo de su propia hija mestiza, Elvira, para evitarle (según la relativa certeza que lo guiaba) una inminente violación a manos de sus captores.

Por el lado inverso de la trama, hay personajes como Jerónimo de Aguilar, clérigo de Écija, que habiendo sido apresado por los indios, da tan sobradas muestras de insobornable castidad, que los aborígenes lo destinan a cumplir funciones como cuidador de sus mujeres.



La lucha abierta entre aborígenes y españoles era terriblemente desigual, pero a pesar de las diferencias tecnológicas los nativos representaron un poderoso contrincante para los europeos

Entre las de puño, la ballesta fue, además, el arma del soldado común, a diferencia del mosquete. Cabe aquí otra salvedad contra cierta creencia popular: los españoles no llegaron a América cargados de pólvora y pistolones. Las armas de fuego manuales estaban muy estratégicamente asignadas, pues todavía eran un elemento costoso y complejo de mantener; la pólvora se humedecía y muchas veces fallaba el disparo.

Para tener una idea más clara del uso de arcabuz, mosquetes, y mosquetones hay que imaginar que los mismos se empleaban con usos específicos y definidos, cual cañones. Digamos que no existía lo que, unos siglos más tarde, se definiría militarmente como «tiro a discreción»: instancia en la cual los soldados disparan todos a la vez, al bulto, apostando al poder de fuego por



De Civitate Orbis terrarum es el nombre de esta obra en la que George Braum representó el momento en el que se procedía a la contratación de los hombres que integrarían las tripulaciones de las naves que partían con destino al Nuevo Mundo

Capítulo II

El jugador Cortés

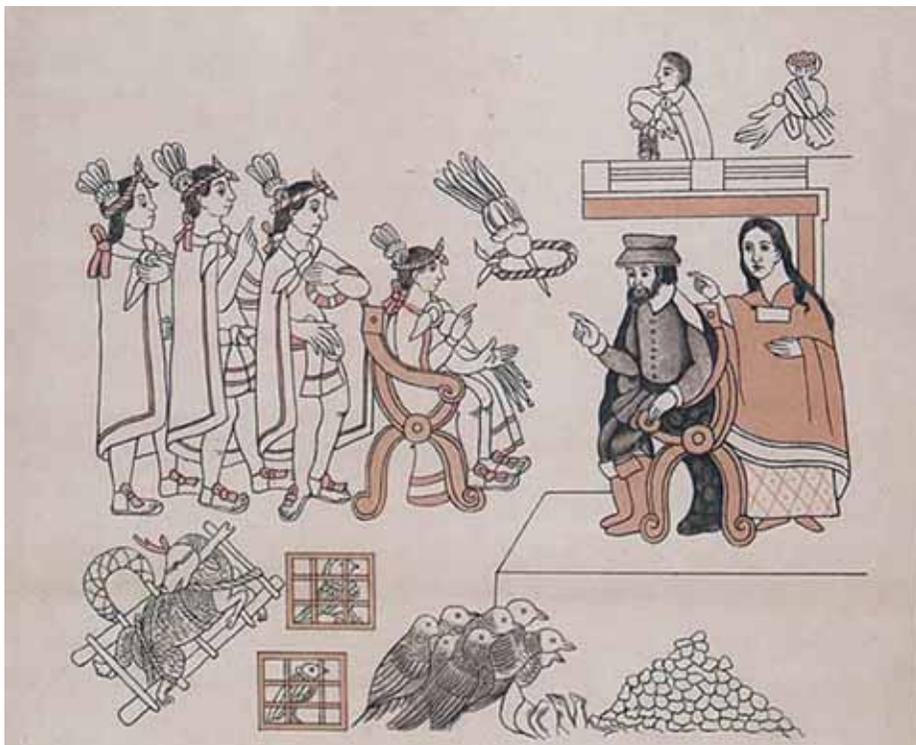
Hernán Cortés es un caso emblemático del conquistador extremeño. Fuerte. Sólido. Audaz. Pero cuenta con un plus cerebral y cultural. Su campaña y su política conquistadora lo revelarán como digno émulo de su coetáneo Nicolás Maquiavelo.

En la múltiple combinación que conjuga Cortés, no responde a lo desesperado que alude el Manco de Lepanto, pero sí —y con todo lo que ello implica— hay mucho en él de jugador, y en cierto modo de escapar hacia delante. Esto mismo que Cervantes condena (y en el fondo el propio escritor practica) pone a Cortés en ventaja frente a sus competidores, que los tiene y muchos.

Bautizado formalmente en 1485 como Fernando (o Hernando, o Hernán) Cortés Monroy Pizarro Altamirano en Medellín (Badajoz), hijo del hidalgo Martín Cortés y de Catalina Pizarro (extremeña de Trujillo; pariente de Francisco Pizarro), fue enviado a Salamanca poco antes de cumplir los quince años de edad. Le habían destinado la carrera de derecho, básicamente



Hernán Cortés fue uno de los conquistadores más importantes que llegó al Nuevo Mundo. Como el resto de los hombres que viajaron de España a América, la riqueza y el ascenso social eran el motor fundamental para involucrarse en semejante empresa



Malinche fue considerada una traidora a su pueblo, y factor importante para que Hernán Cortés conquistara México

Cabe plantear una salvedad esencial en el destino afectivo de Hernán Cortés. Habitualmente y salvo escasas excepciones, el contacto entre españoles e indias resultaba rudimentario, visceral, por lo general violento. La mujer que entra en la vida de Cortés era, en cambio, la entrega de una civilización a otra, pero revela también la inevitable porosidad del español castizo, que recibe la presencia india como un nutriente para su aventura. Malintzin en la deformación castellana, resultó Malinche, pese a que fue cristianamente bautizada como Marina.

Nacida en la región de Coatzacoalcos (actualmente en el estado de Veracruz), Malintzin era hija de un cacique feudatario



La pintura representa el momento en el que los aztecas reciben amistosamente a Hernán Cortés

el camino para entrar con su señor, que no traían los vestidos con los que nos fueron a rescebir, e venían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venían delante del gran Moctezuma barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas por que no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara, sino los ojos bajos e con mucho acato. E como Cortés vio y entendió e le dijeron que venía el gran Moctezuma, se apeó del caballo, y desde que llegó cerca de Moctezuma, a unas se hicieron grandes acatos. El Moctezuma le dio el bien venido, e nuestro Cortés le respondió que él fuese muy bien estado.



Quetzalcóatl, una deidad azteca que fue considerada como el dios principal de esta cultura prehispánica

Cortés, enfervorizado por tan auspiciosa recepción, le aseguró que las intenciones eran las mejores, le prometió beneficios enormes a Moctezuma e incluso argumentó que la presencia y el vínculo que él como hombre blanco mantenía con Malinche, su compañera indígena y esposa a los ojos de la comunidad india, garantizaban ese deseo de fusionar en amor ambos pueblos.

Los planes de Cortés no eran tan puros como los presentaba, pero también es cierto que el aventurero español disfrutaba de su relación con el jefe indígena. Acaso esa afinidad haya jugado a favor



Códice Florentino en el que se representa el asedio español a la ciudad de Tenochtitlán



La captura de Moctezuma, de Jan Karel Donatus Van Biecq

Una vez libre, Cuitláhuac organizó la resistencia del pueblo, con la ayuda de su sobrino Cuauhtémoc.

Los mexicas comenzaron a hostilizar a los españoles y tlaxcaltecas que habían tomado el palacio de Axayácatl. Sitiados y sin provisiones suficientes, los invasores decidieron salir de la ciudad, para lo cual Cortés pidió a Moctezuma que calmara los ánimos de sus súbditos desde la terraza del palacio.



La noche triste de Hernán Cortés. Autor desconocido.

nada menos que el lomo de un cerdo salvaje, suelto por accidente en aquella angosta vía.

El pobre puerco no recibe el filo sino el canto del arma. Pero el ruido resulta suficiente para que miles de guerreros aztecas, transportados en canoas, emerjan de las sombras, atacando con furia a los españoles atrapados en la calzada.

Una primera andanada de guerreros mexicas se lanza contra la caravana con increíble velocidad y sorpresa. El ataque inicial es letal; esas primeras flechas merman las filas de Cortés en un abrir y cerrar de ojos. Luego, cual kamikazes embravecidos, los indígenas empiezan a brotar desde cada rincón de la penumbra, como fantasmas de un ejército infinito.

Las bajas sacuden a los bandos por igual, pero, tal como sucede en el ajedrez, la disminución progresiva y geométrica de piezas acaba dando la victoria a quien cuenta con más ejército. Esa progresión conduciría, inexorablemente, a la derrota hispánica. Derrota que, como sabemos, fue parcial desde el punto de vista macrohistórico.



Los conquistadores españoles deshaciéndose del cuerpo de Moctezuma.
Códice Florentino, siglo XVI.

Capítulo III

Pizarro entre el oro

Francisco Pizarro es quizás la figura más controvertida de la conquista española en América por los muchos crímenes que se le han adjudicado.

A diferencia de Cortés, que conjuga un poco de todos los rasgos característicos entre sus colegas, Pizarro ofrece la caricatura del conquistador analfabeto, violento, ambicioso.

Casi un paradigma del hombre blanco que llega al Nuevo Mundo con poco y nada que perder, se ha dicho hasta el cansancio de Pizarro que su extracción socioeconómica en España era ciertamente baja. Como principal latiguillo al respecto, suele repetirse el dato de que su primer oficio habría consistido en pastorear cerdos.

Hoy día en Trujillo —ciudad natal del aventurero— hay antiguos vecinos conocedores de la historia local que niegan la existencia de un Pizarro porquerizo. En cualquier caso, si lo fue o no, es apenas un dato de color que resulta poco relevante frente a su itinerario posterior.



Francisco Pizarro fue quien llevó a cabo la conquista del Imperio inca



Los trece de la isla del Gallo (1902) de Juan B. Lepiani

Finalmente, aprovisionados con refuerzos que trajo Almagro, navegaron ambos en un mismo barco hasta el río San Juan. Allí empiezan a difundirse historias que hablan de nativos ricamente aderezados con adornos colgantes. Adornos grandes, rústicamente pulidos, de oro puro. Las noticias acerca de la riqueza escondida movilizarían a toda la tripulación, y los tiempos de la América desbordada por la ambición áurea ya maduran.

Entre los integrantes de la expedición corren rumores de haberse localizado más y más señales de metales preciosos. Almagro vuelve otra vez a Panamá en busca de nuevos refuerzos y alimentos.

En 1526, Pizarro y sus hombres toman una isla a la que llaman el Gallo. La nave debe regresar a Panamá, donde el nuevo gobernador de Castilla del Oro, Pedro de los Ríos, decidirá poner fin a la expedición. Pizarro quiso seguir adelante y planteó a sus compañeros la posibilidad de continuar o regresar.

El grupo integrado por quienes decidieron seguir se recordaría más tarde con el nombre de Trece de la fama. La expedición



El grabado representa la llegada de Francisco Pizarro y Diego de Almagro al Perú. Luego, los conquistadores aprovecharon los conflictos internos entre los incas para generar una guerra civil entre ellos.



El dibujo de Poma de Ayala da cuenta de la detención de Atahualpa a manos de Francisco Pizarro. El cacique inca creyó en todo momento que el pago en oro solicitado por los conquistadores le devolvería la libertad.

No fue así. Luego de cobrado el rescate, Atahualpa fue ahorcado.



Fachada de la iglesia de la Merced, ubicada en la peruana ciudad de Cusco; dentro de la iglesia descansan los restos de Gonzalo Pizarro y Diego de Almagro

Capítulo IV

El puño de Dios

Pedro de Monguía, Francisco Vázquez y Gonzalo de Zúñiga son los tres cronistas que acompañan al Loco Lope de Aguirre casi hasta el fin de sus andadas. Zúñiga, al registrar con su pluma, ignoraba que él mismo moriría apuñalado por su jefe:

Había jurado no dejar a vida ningún fraile, salvo mercedarios; también había jurado de matar cuantos letrados topase, oidores, presidentes, obispos y arzobispos, porque decía los dichos señores tenían destruidas las Indias; también tenía jurado de matar a cualquier mala mujer de su cuerpo que topase, por la menor ocasión del mundo que le diese, porque por ellas decía había tantos males en el mundo.

Gonzalo de Zúñiga, cronista y soldado de Lope de Aguirre. 1561
(Archivo General de Indias)

Arquetipo del conquistador desbocado; inmerso en un sueño loco y fatal: eso proyecta Lope de Aguirre en la imaginería



Lope de Aguirre también conocido como el Loco. Fue uno de los conquistadores españoles que marchó tras la utopía de El Dorado. Fue el primero en rebelarse contra la monarquía española.

Fuertemente custodiado es trasladado al centro mismo de la plaza pública, donde se le aplican veinte latigazos. Este castigo humillante hará nacer en Aguirre el principio de un rencor engeguado. La crueldad, como respuesta frecuente al dolor, en un ciclo vicioso de reformulaciones, quedó sembrada en su espíritu.

Aquella sentencia que el desprevenido juez dicta contra Aguirre se convertirá al poco tiempo en una sombra signada por el terror que acompañará a Francisco de Esquivel hasta el final de sus días. Luego del castigo comienza una persecución



De la mano de Felipe y su doble reinado se produjo la estratégica unión ibérica que se prolongó por el término de sesenta años

Capítulo V

Pedrarias, el duro

Pedro Arias Dávila, más conocido como Pedrarias, había nacido en Segovia en 1440. Su formación era expresamente militar. Se educó en la corte del rey de Castilla Juan II. Se lo conoce como el mayor referente de la conquista territorial de lo que hoy comprende la nación de Panamá.

Además de moverse socialmente con astucia, además de ser rico por tercera generación, además de ser implacable y despiadado, Pedrarias demostró desde muy joven un gran talento con las armas.

Era soldado de alma y adoraba la guerra con la pasión de un artista que adora la sangre cual si fuese un color imprescindible para plasmar su propio lienzo biográfico. Secretamente supo batirse a duelo en numerosas ocasiones, en particular incitado por comentarios malintencionados relativos a su linaje; un punto conflictivo que retomaremos páginas más adelante.

Su desempeño militar fue siempre estratégico, disciplinado y eficiente. Participó en la guerra de Granada, desde 1481 hasta 1492 y luego en las campañas del norte de África desde 1508



Vasco Núñez de Balboa fue el primer europeo, tanto en descubrir el océano Pacífico como en fundar una ciudad permanente (Santa María la Antigua del Darién) en tierras continentales de América. También fue uno de los conquistadores que más se enriqueció, consiguiendo ingentes cantidades de oro y de perlas.



Aperreamiento de sodomitas ordenado por Vasco Núñez de Balboa. El conquistador tenía debilidad por esta práctica.

adelantado de la mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba. Desde entonces, su lugar era tierra de presas y Pedrarias tenía que eliminarlo para suscribir con la espada su autoridad definitiva.

Entre 1517 y 1518, Balboa exploró el golfo de San Miguel y volvió para poblar la ciudad abandonada de Acla. Como se proponía continuar las exploraciones por el mar del Sur inició la construcción de unos barcos, pero el anuncio de la llegada de un nuevo gobernador en sustitución del ya viejo Pedrarias forzó los pasos.

Otra vez, acusado de traición, rebeldía y abusos, e incluso, por segunda vez, de la muerte del gobernador Diego de Nicuesa,



Pedro Arias Dávila (Pedrarias). Fundó la ciudad de Paraná y de León entre otras y ejerció el cargo de gobernador de Nicaragua.

Otro hijo fue el obispo católico Juan Arias, de gran influencia en la corte castellana. Así, una vez reunida cierta cantidad de oro, aunque inicialmente modesta, pronto comprendió (y lo transmitió a su descendencia) que era casi imprescindible convertirse al catolicismo para ser aceptado en la sociedad española.

Sin embargo, la conversión y el poder adquisitivo incrementado por la familia no siempre resultaría suficiente para evitar el antisemitismo que sobrevolaba en la cultura hispánica del siglo XVI.

Ser marrano también tenía su precio: cuenta la anécdota que cuando Isabel la Católica fundó el Tribunal de la Inquisición, el

Capítulo VI

Mendoza: en carne propia

Ya entre 1516 y 1521, Juan Díaz de Solís y el propio Magallanes habían avanzado por una densa cuenca amarronada que se abría entre las costas del Brasil y el incierto sur del Nuevo Continente.

Ambos supusieron, en principio, que estaban a las puertas del gran paso al Mar del Sur (océano Pacífico).

El primero, apenas tocó tierra con sus pies, fue atravesado de un flechazo, junto al resto de su tropa, para luego acabar devorado por caníbales. La posibilidad de que los asesinos del descubridor del Plata hayan sido los charrúas del Uruguay tiende a descartarse ya que estos no habitaban exactamente la zona en la cual desembarcó Solís.

Se ha pensado también en los guaraníes, pero los detalles de las investigaciones dan cuenta de un canibalismo distinto al que practicaban los guaraníes, al faltar ciertos elementos simbólicos que caracterizaban su modalidad devoradora, ceremonial preparatorio y forma de ejecución.



Primera fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza. Ilustración de Levino Hulsino. Edición Princeps de la obra de Ulrico Schmidl.

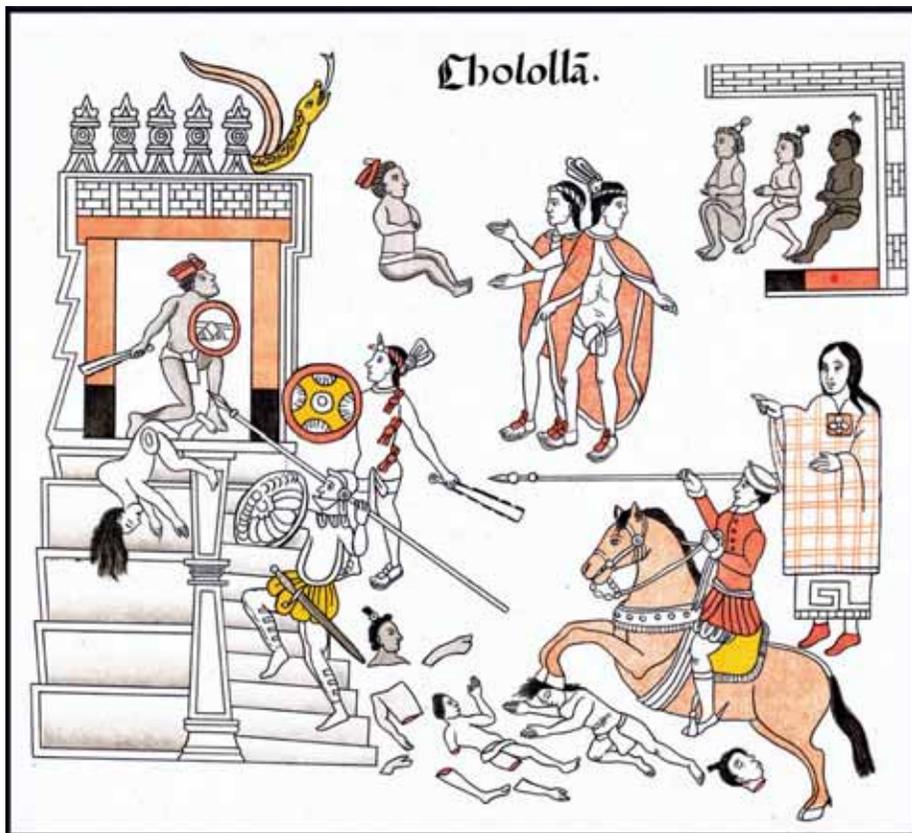
a su hermano carnal con trescientos lansquenetes y treinta jinetes bien pertrechados.

Continúa Ulrico Schmidl refiriéndose al episodio en el que Mendoza mandó a su hermano a que matara, destruyera y/o cautivara a los nombrados queradíes, ocupando el lugar donde estos estaban: «Yo estuve en ese asunto... [Pero] Cuando allí llegamos los indios eran unos cuatro mil, pues habían convocado a sus amigos».

El grupo de cristianos no tenía posibilidades en dicho trance y acabaría huyendo. Pero el problema se repetía y requería solución. Si además de ser pocos, estaban débiles y desnutridos, los soldados españoles no tendrían posibilidad alguna en la empresa.



Pedro de Mendoza fue el fundador de Buenos Aires. Padeecía de sífilis y viajó al Nuevo Mundo con la secreta esperanza de hallar una cura para su mal. Acosado por las pestes y el hambre, murió en altamar sin poder regresar a España.



Representación de los ataques españoles a las ciudades indígenas. Grabado de los manuscritos 33 942 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

aun tibios de los enemigos. Dice Ulrico que los indios que se defendieron muy valientemente por dos días: «Mas cuando vieron que no podrían sostenerlo más y temieron por sus mujeres e hijos, pues los tenían a su lado, vinieron dichos carios y pidieron perdón y que ellos harían todo cuanto nosotros quisiéramos».

En concreto, cuando los españoles consolidaron su victoria, procedieron como indicaba el protocolo militar: los principales cacicillas fueron ahorcados y descuartizados y al resto se les perdonó la vida devolviéndoles la libertad. A partir de entonces los carios



El mapa sirve como referencia para observar de qué manera se habían repartido los conquistadores buena parte del territorio de América

Capítulo VII

Cabeza de Vaca, espíritu de león

Álvar Núñez Cabeza de Vaca es sin duda el protagonista y relator más prolífico de los exploradores españoles entre los siglos xv y xvii. Nació en Jerez de la Frontera, Cádiz, hacia 1490 y las versiones acerca de su muerte oscilan entre los años 1556 y 1559. Pero su desaparición física, difusa e intrascendente, contrasta con lo agitado y vertiginoso de una vida genuinamente signada por la aventura; una auténtica novela digna de Alejandro Dumas.

Fuera de todo libreto, como cronista de su colosal epopeya conquistadora, Álvar generó páginas antológicas de acción pura, donde además palpita esa ósmosis cultural en la cual él mismo queda inmerso.

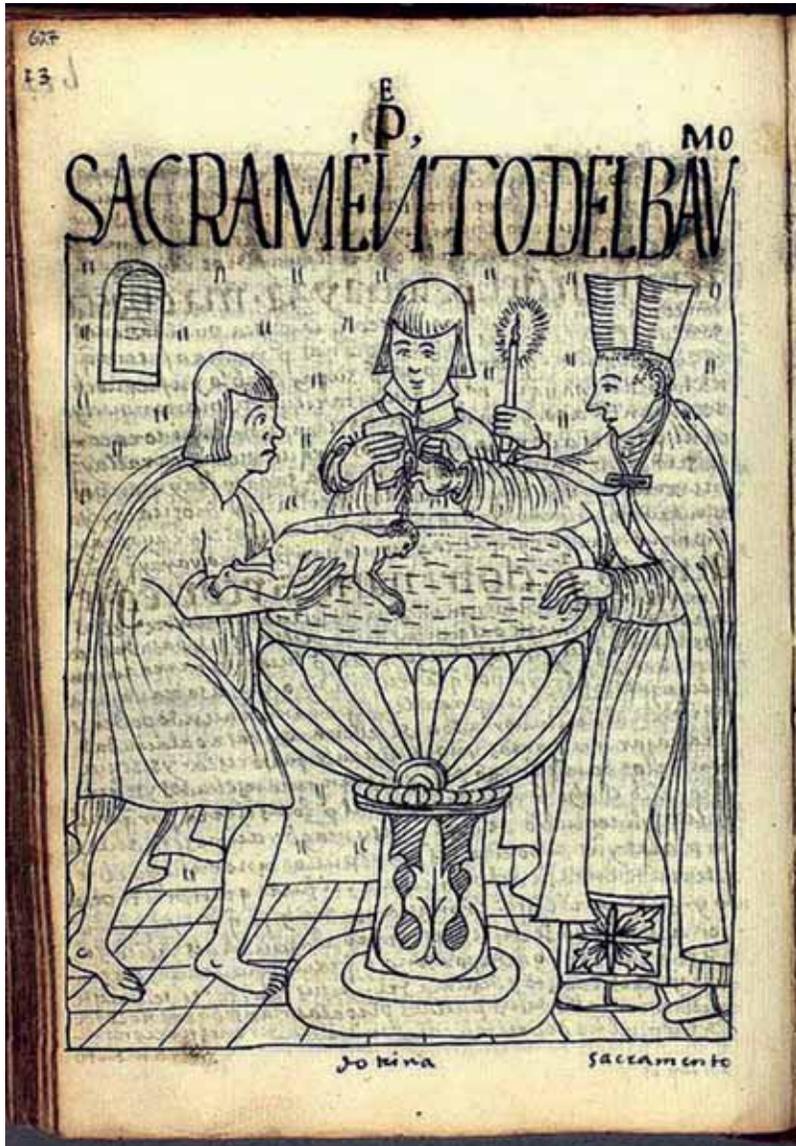
En su emblemático volumen Naufragio de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y relación a la jornada que hizo a La Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez (popularizado como Naufragios) consta un mapa histórico fundamental de su vida, su entorno, y sus colegas conquistadores.



Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue, sin lugar a duda, uno de los conquistadores que más padeció los rigores del Nuevo Mundo. Esclavizado por los nativos y víctima frecuente del hambre, su sensibilidad humana, sin embargo, nunca desapareció.

tropieza, lo devuelven a las costas de Texas. Allí muere en un naufragio, con la mayoría de sus hombres, en el año 1528.

Allí mismo, en cambio, nace la historia de Cabeza de Vaca —uno de los sobrevivientes— que luego lo narrará todo con lujo de detalles.



Choque de culturas. Las creencias europeas modificaron la cosmología de los nativos, tanto como las creencias aborígenes lo hicieron en los conquistadores.

En la imagen, un cura bautizando a pequeños nativos.



Asalto de las tropas colonizadoras a un poblado aborigen. La violencia con la que se realizaban estas maniobras militares atemorizaba a los nativos

argumentando (no sin razón) que fuera del aura protectora que les había propiciado Álvaro Núñez, sus vidas no valdrían nada: «...yendo con ellos —blasonaba un viejo cacique— no les tememos a ustedes ni a sus lanzas».

Los conquistadores provenientes de México quisieron capitalizar para sí la idea fantasiosa que habían generado Núñez y los suyos: pretendían convencer al indio de que estos brujos blancos eran, no obstante, cristianos de una casta inferior. «Ustedes mienten. Estos cristianos que son nuestros amigos vienen de donde el sol sale, y ustedes de donde el sol se pone. Ellos aman



Carlos I, rey de España, fue el primero que unió en su persona las coronas de Castilla y Aragón. También fue emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (con el nombre de Carlos V).

Capítulo VIII

Orellana y las Amazonas

Cuando Francisco de Orellana vio por primera vez el Amazonas, el 12 de febrero de 1542, tenía 31 años de edad y quedó impresionado. Llevaba una década y media viviendo en América, tras dejar su Trujillo natal. Había sido testigo de episodios y escenarios desbordantes. Pero nada como aquellas aguas.

No está entre los primeros conquistadores; pertenece a la segunda generación de expedicionarios, en realidad. Pero las crónicas han creado un extraordinario mosaico colorido a partir de la penetración amazónica de Orellana y todo lo que esta le depararía en una interminable sucesión de sorpresas, incluyendo el desfile de extraños animales, tribus, plantas y fenómenos físicos.

Pero ¿quién es exactamente este joven capitán que tiene el raro privilegio de desvirgar la cuenca mayor del planeta, a cuyos márgenes se esconden los más reservados secretos de América?

¿Quién es este soldado y marino que avanzará con toda la fragilidad del hombre frente a esa cintura de agua, paralela al ecuador, trazando casi un tajo de Atlántico al Pacífico? ¿Cómo



Francisco de Orellana viajó a la Indias siendo aún muy joven. Allí se sumó al ejército de Francisco Pizarro en Perú y desempeñó un papel fundamental en múltiples campañas militares. Fue uno de los mejores oficiales del conquistador del imperio inca.



Si bien el armamento europeo era más efectivo que el de los nativos, también era muy pesado y eso afectaba tanto al rendimiento de los soldados como al desplazamiento. En la imagen, se observan los arcabuces y las incómodas indumentarias de los conquistadores.



El río Marañón nace en el glaciar de Yapura, a 5800 metros de altura en los Andes peruanos. Recorre 1600 kilómetros hasta el río Vayali, y ambos dan origen al río Amazonas.

del planeta. En el bosque pluvial, que se piensa tiene quizás 100 millones de años de existencia, se han contado 117 especies de árboles en solo media milla cuadrada de terreno.

Los pobladores de la región han considerado al bosque, desde mucho antes que llegaran los españoles, como un sitio sagrado, un nexo vital entre el hombre y la naturaleza. Su belleza es leyenda y sus poderes curativos legendarios también.

Ante el verde desfile de exuberancias, un asombro infantil invade a estos desconcertados hombres blancos que contrastan y advierten la diferencia impresionante entre los exiguos riachuelos y vegas de su lejana España natal con lo que les despliega el



En la mitología griega, las Amazonas eran las habitantes de una antigua nación poblada solo por mujeres

por lo que Carvajal cree (o quiere) entender y recordar del testimonio del cautivo, ha llevado a muchos recopiladores a replicar que lo que realmente habían combatido estos extremeños, un poco mitómanos y un poco fabuladores, no eran personas del sexo femenino.

¿Qué eran entonces?

La respuesta que suele darse desde la óptica refutadora (por así decirlo) es que aquella tropa estaba integrada por varones de una etnia atípica, diferente al común de la región. Se habla en dichas versiones de hombres más altos y blancos que el aborigen tropical, con pechos abultados, pero flácidos, miembros sexuales diminutos y, obviamente, el cabello muy largo, además de sedoso y brillante, todo lo cual les otorgaba un aspecto equívocamente femenino.



Las travesías marítimas no eran fáciles por aquel entonces. El clima influía fuertemente y la pericia del capitán para mantener a la embarcación a flote era la diferencia entre la vida y la muerte.

Finalmente, el 11 de mayo de 1545, escondido en uno de sus barcos, zarpa subrepticamente de Sanlúcar con cuatro naves. Pero la suerte vuelve a serle esquiva. Uno de los buques se pierde antes de llegar a las islas de Cabo Verde, otro en el curso de la travesía y un tercero es abandonado al llegar a la desembocadura del Amazonas.

El desembarco se produce poco antes de las Navidades de 1545. El capitán se interna unos quinientos kilómetros en el delta del Amazonas tras construir un bergantín, a la manera de los viejos tiempos, y con los aderezos que tan bien recuerda como necesarios para la geografía que habrá de atravesar. Pero en esta segunda experiencia, la lucha por hacerse fuerte en el río más caudaloso del planeta resulta aún más hostil que en la primera oportunidad.

Capítulo IX

El mundo indígena

El demonio hacía entender a los indios destas partes que era ofrenda grata a sus dioses tener indios que asistiesen en los templos para que los señores tuviesen con ellos conocimiento, cometiendo el gravísimo pecado de la sodomía.

Crónicas del Perú
Pedro Cieza de León

Si el epígrafe precedente se presta a polémica, es innegable que ante todo debe contemplarse el contexto histórico en que se escribió. Sin duda, Cieza de León nada sabía de los «derechos de unión civil entre personas de un mismo sexo», por ejemplo, por dar apenas una referencia de la estructura que regía su mundo cultural y social.

Así también, a medida que avanza la ciencia, muchos de los usos y costumbres de las tribus prehispánicas van adquiriendo nuevos y más completos enfoques multidisciplinarios. En el mismo sentido, cuestiones culturales, sanitarias y alimenticias, estudiadas desde nuevos lentes, arrojan novedosas conclusiones.

Con creciente frecuencia, los medios de comunicación revelan aspectos hasta hace poco incógnitos acerca de las civilizaciones



La leyenda de la fuente de la eterna juventud es anterior a la conquista, pero son los misterios que comienzan a gestarse en el nuevo continente los que reflatan el mito

de sus más profundas convicciones religiosas y morales, según refiere en estos términos:

Verdad es que generalmente entre los serranos y yuncas ha el demonio introducido este vicio debajo de especie de santidad, y es que cada templo o adoratorio principal tiene un hombre o dos o más, según es el ídolo, los cuales andan vestidos como mujeres, desde el tiempo en que eran niños; y hablaban como tales, y en su manera, traje y todo lo demás remedaban a las mujeres. Con estos, casi como mediante santidad y religión, tienen las fiestas y días principales su ayuntamiento carnal y torpe, especialmente los señores y principales. Esto sé porque he castigado a dos: el uno de los indios de la sierra, que estaba para este efecto en un templo, que ellos llaman guaca, de la provincia de los Conchucos, término de la ciudad de Guanuco; el otro era en la provincia de Chinchá, indios de su majestad; a los cuales, hablándoles

devorarían, el aventurero narra qué obtenía el indio —generalmente un primerizo en la materia— que iniciaba el ritual y por qué:

Aquel que ha matado gana otro nombre, y el rey de las cabañas le marca el brazo con el diente de un animal feroz. Cuando cura, se le ve la marca, y esto es la honra que tiene. Después tiene él, en el mismo día, que quedar acostado en su red y le dan un pequeño arco con una flecha para pasar el tiempo tirando a un blanco de cera. Esto se hace para que los brazos no queden inseguros, del susto de haber matado y comido por primera vez a un hombre. Esto yo lo vi y presencié.

LECTOESCRITURA AMERINDIA

A comienzos de 2006, la prestigiosa revista *Science* —órgano de la American Association for the Advancement of Science— hizo pública una noticia de importancia mayúscula. En las ruinas mayas de San Bartola (Guatemala) se hallaron jeroglíficos pintados que datarían de 200 a 400 a. C. Es decir, que los mayas usaban la escritura al menos dos siglos antes de lo que se creía.

Hasta poco antes de divulgarse este informe sobre la lectoescritura de los antiguos pobladores mexicanos, se sabía que los aztecas utilizaban la escritura pictográfica grabada en papel o piel de animales. Todavía se conserva alguno de estos escritos, llamados códices.

Sin embargo, a partir de los recientes descubrimientos, tienden a estrecharse los lazos entre las culturas maya y azteca, insinuando que la influencia maya en la cultura mexicana azteca pudo haber sido considerablemente mayor a lo que le asignó la historia.

Dicho de otro modo: hay hipótesis según las cuales es posible que mayas y aztecas hayan coincidido al punto de formar una misma cultura en dos etapas distintas, interpenetrándose y moviéndose geográficamente hacia el norte. En cuanto a los



Los códices aztecas eran un modo de escritura pictográfica

tiempos, hay una vacía que va desde año 900 hasta fines del 1200, probablemente eslabonado por la civilización tolteca, antecedente consensuado directo de los mexicas.

Según reseña tan oportunamente *Science*, las ruinas de San Bartola son muy apreciadas por sus murales, de más de 2000 años de antigüedad, aunque las condiciones climáticas de la zona selvática en que fueron halladas borraron señales clave de esta prodigiosa cultura.

Lo poco que se conserva de la pintura maya se halla dentro o por debajo de edificaciones posteriores, ya que solían construir por encima, destruyendo parte de lo anterior. Así se salvaron los murales de San Bartola, pintados al estuco en el siglo I a. C., a pesar de que el sitio fue dañado por los saqueadores de ruinas. Los murales en cuestión están por debajo de un templo piramidal que mide 33 × 15 metros, con escalinatas al norte y al sur. Boris



Tlaloc era para los aztecas el más importante de los dioses de la agricultura. Se lo consideraba el dios del agua y de la fertilidad en las religiones teotihuacana y nahuatl. Se lo honraba con sacrificios humanos para que no produjera sequías o lluvias torrenciales.

también una agricultura a gran escala imprescindible para alimentar a las muchedumbres.

Existía la sospecha creciente de que entonces estos aborígenes pudieron haber dominado el cultivo de la mandioca, raíz de uso frecuente en los trópicos americanos en la actualidad. Sin embargo, por más que lo intentaron hasta cierto punto, los arqueólogos y paleobotánicos no habían logrado hallar evidencias directas y convincentes del cultivo de la mandioca por parte de mayas, aztecas, o grupos precolombinos de Centroamérica y México.

La noticia indica que el 20 de agosto de 2007, tras realizar diversas excavaciones en República de El Salvador, arqueólogos de



Américo Vespucio, cuyo verdadero nombre era Alberico, adoptó el de Américo ya que así lo llamaban sus marineros, a propósito de la voz maya-quiché *Amerrique*. Esta última era la denominación que los indígenas le daban a las montañas Juigalpa y La Libertad, en Nicaragua.

honor de ser el gran descubridor, como tampoco pueden negársele algunos méritos, sobre todo desde el punto de vista intelectual, ya que hizo algo que Colón no había hecho: publicar en varios idiomas un relato minucioso en donde cuenta los pormenores de todo lo que había visto en su viaje.

Por lo tanto, si bien no se ha comprobado que Vespucio nombre América, es seguramente el primero que acerca el Nuevo Continente al resto del mundo.

Conclusiones

El lapso oficialmente reconocido como Época de La Conquista no supera los cien años. Hacia 1573, cuando el término *conquista* fue abolido por Felipe II y reemplazado por el de Pacificación, España atravesaba una etapa nueva y distinta respecto de América. Pero un reflejo notable de la velocidad con que se dieron los acontecimientos lo marca el epígrafe precedente, que la pluma de Bartolomé de las Casas —uno de los mayores cronistas del período— ya estaría refiriéndose, en el año 1542, en forma pretérita al fenómeno: para entonces, habían pasado apenas cinco décadas desde el descubrimiento de Colón y solo veinte años de la conquista de México.

Tan intensa como voraz, la conquista en sí misma (no así la colonización puntual) se dio en efecto muy velozmente, en términos históricos. Valga el dato, por ejemplo, de que los gobernadores inventaban insólitas conquistas a territorios lejanos para drenar su jurisdicción de indeseables cuando las ganancias parecían haber colmado sus posibilidades.

Bibliografía

ÁLVAR NÚÑEZ, Cabeza de Vaca. (1989). *Naufragios y comentarios*. México: Colección Austral.

ARCINIEGAS, G. (1966). *Biografía del Caribe*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

AVELLANEDA NAVAS, J. I. (1992) *La expedición de Sebastián de Belalcázar al Mar del Norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República.

BAUDOT, G. (1981). *La vida cotidiana en la América Española en tiempos de Felipe II*. París: Hachette.

BENITES VINUEZA, L. (1945) *Argonautas de la selva*, Colección Tierra Firme. México: Fondo de Cultura Económica.